

empuja, que les aplasta, se refugian en el absurdo; entonces dos y dos no hacen cuatro, lo blanco es negro, lo cierto es imprudentemente negado. Sí; digámoslo muy alto, entre diez médicos colocados frente de un milagro que hiera la vista, hay nueve á quienes una insigne mala fe ó el miedo impide que rindan gloria á Dios.

He conocido uno, cristiano práctico; que ante un hecho evidentemente sobrenatural me decía:

—Como cristiano, digo que esto es un milagro; como médico, digo que es inaudito, inexplicable.

—Y como médico cristiano, le preguntaba yo ¿qué decís?

No me contestaba, tenía miedo á la facultad.

Dos meses después de la milagrosa curación de Francisca Pailliés, el digno Párroco de Maquens terminaba su relación oficial de este modo: «Desde el día de su admirable curación Francisca trabaja todos los días y goza de perfecta salud. De suerte que podemos certificar, y con nosotros toda la parroquia, que la curación de esta joven ha sido *repentina, radical y perseverante*.

A fuerza de economías sobre los jornales de su trabajo, la buena Francisca pudo al fin hacer su peregrinación á Lourdes en acción de gracias. En 29 de Abril de 1868, á la caída de la tarde, se prosternaba delante de la sagrada gruta, loca de contento y llorando de amor.

XXXII

Maravillosa curación de un muchacho de quince años, mudo y paralítico

El sábado 18 de Julio de 1868, hacia las seis horas de la tarde, un conmovedor espectáculo excitaba en Lourdes la compasión pública. Dos extranjeros llevaban por las calles de Lourdes una silla de manos, y sentado en ella un muchacho de quince años que apoyaba sus brazos en el cuello de los dos hombres. Uno de estos era su padre. El joven se sostenía con trabajo, su cabeza tambaleaba, sus piernas pendían como muertas, balanceándose al movimiento de la marcha. ¿A donde iban? En Lourdes todo el mundo lo adivinaba: «Van á la gruta, decíase: ¡pobre niño! ¡pobre padre!»

Iban en efecto á esa gruta á donde corren los pobres desesperados; á donde los atrae la Virgen Santísima, porque quiere ejercer en ella el poder de su bondad.

El muchacho Juan Pucheou era oriundo de Gouze, cantón de Lagor, departamento de Orthez (Bajos Pirineos). Había sido siempre de carácter tranquilo, amable, recto. Hacía cerca de dos años que se menoscababa su salud. Experimentaba extraña é invencible repugnancia á los alimentos ordinarios; enflaquecía visiblemente, y su debilidad era muy grande.

El día de Pascua, 12 de Abril de 1868, antes de visperas, Juan estando de pié cayó de improviso, sin poder ya levantarse. Su madre le tomó en sus brazos y le puso en la cama. Desde entonces el pobre niño ha sido poco más que un cadáver. Sus piernas flacas se resistían á sostenerlo; su cabeza banboleaba sobre sus espaldas sin poder sostenerse; únicamente sus antebrazos habían conservado su movimiento; según expresión de su padre, todos sus miembros estaban «desligados.» Era necesario llevarlo como cuando era niño de teta. En tan triste estado era como un fardo, amado sin duda, pero bien pesado para sus padres, cuyo único recurso era el trabajo, y los cuales hubieron de constituirse prisioneros á su lado. De día no podía estar en la cama, y lo colocaban en un hatillo de paja, en el cual le era imposible sostenerse sobre su espinazo. Encorvábese por sí mismo, y tenían que sentarse á su lado para darle un apoyo.

Un día el rostro del enfermo tomó una expresión extraña. Su boca se abría en ademán de querer hablar, y de su garganta sólo salía el ruido de una respiración trabajosa. Su lengua se había arrollado en el fondo de la boca. ¡Pobre niño! ¡era ya paralítico, y se vuelve mudo!

Sus padres quedaron profundamente afligidos. Era su hijo primogénito, y había sido siempre con ellos extraordinariamente tierno y afectuoso. Esa buena gente no poseían tierras, ni casa, ni oficio; el padre no era más que un jornalero del campo, y su

mujer no aprendió sino los quehaceres domésticos. El muchacho, en edad de bastarse á sí mismo y de ayudar á su familia, había de ser asistido como un huésped: el porvenir se presentaba muy sombrío.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Juan pudo ponerse en comunicación con sus padres por medio de signos y por las violentas respiraciones que hacía para llamar la atención. Mas su mudez, afligiendo su corazón, hacía más difíciles sus cuidados y aumentaba una carga ya pesada.

Agudos dolores en el vientre atormentaban á menudo al joven enfermo. Cuando eran muy fuertes, sentía como iban subiendo por su cuerpo hasta llegar á la cabeza. El sufrimiento de ésta le hacía olvidar todo lo demás, y entonces daba lástima el verlo. Su respiración ruidosa y fatigada, único llanto posible para él, destrozaba el corazón de sus padres. No sabiendo qué hacer para proporcionarse un alivio, dábase en la frente con los puños que le habían quedado libres. Si la crisis duraba mucho tiempo, ponía sus manos sobre el pecho con muestras de angustia, y señalaba su causa. Comprendíanlo luego, y se cumplían sus deseos. Quedaba por espacio de diez ó doce minutos inmóvil, cerrados los ojos, la boca entrea-bierta y resollando; después, vuelto en sí, señalaba su asiento de paja, en que lo colocaban de nuevo. Esto ocurría una ó dos veces al día.

Por la actitud del médico que lo visitaba, se habían persuadido los padres de que no comprendía nada

tocante á una enfermedad tan rara y grave, y que no abrigaba la menor esperanza de salvar al niño. La madre había preparado la ropa para el acontecimiento que todos creían cercano. Esta especie de agonía duró más de dos meses.

Hacia el fin de Junio, el muchacho llamaba á menudo por medio del ruido de su resuello, y hacía una gesticulación muy animada, que llamó la atención de sus padres. Hacía seña de un sitio lejano que no podían adivinar; luego meneaba sus brazos como si los tuviese rociados de agua, figuraba la acción de beber, juntaba sus manos como recogiéndose para orar, y con una viveza extraordinaria indicaba sus piernas; con sus gestos imitaba el andar y después agitaba sus labios para simular el habla. Durante esta pantomima manifestaba una alegría inexplicable. Sus padres, que interpretaban sus necesidades y pensamientos de cada día, estaban desorientados en vista de las manifestaciones impotentes de ideas para ellos impenetrables. Cuando después de haberle mirado con ojo atento le decían: «No comprendemos;» el muchacho se apesadumbraba y mostraba un profundo desaliento. El padre y la madre se preguntaban á menudo cuál podía ser el deseo de su querido enfermo.

Un día, después de la renovación de esta penosa escena, á uno de ellos se le ocurrió de repente el decirle: «¿Quisieras tal vez visitar á Nuestra Señora de Lourdes?» Una alegría inmensa inundó todo el sér

de aquel joven. Al fin había sido comprendido, al fin triunfaba. Agitó un buen rato la cabeza, sonrióse, exhaló su dicha en ruidosas respiraciones. «¿Qué quieres ir á hacer á Lourdes?» Y respondía por señas: «Lavarme, beber, orar.—¿Por qué?» Con gestos respondía: «Podría andar, podría hablar..... Si no voy, no me curaré.» Es fuerza decir que el nombre de Nuestra Señora de Lourdes es popular en estas religiosas comarcas, y que antes de su enfermedad el muchacho había oído hablar de las curaciones que obra el agua en la gruta.

Después que hubo sido comprendido, el pobre Juan reiteró todos los días y muchas veces cada día su súplica de efectuar la peregrinación. Túvose la ocurrencia de preguntarle: «¿Quién te ha sugerido la idea de ir á Lourdes para curarte?» Sin vacilar el niño levantó un dedo hacia el cielo. «¿Es la Santísima Virgen quien te lo ha dicho?» Hizo una seña de asentimiento. Desde su enfermedad nadie le había hablado de Nuestra Señora de Lourdes. Era una inspiración del todo sobrenatural, tanto más notable, cuanto que aquel muchacho tenía poco desarrollada la inteligencia.

Prometiósele llevarlo á Lourdes, sin que hubiese de ello verdadera intención. La fe no dominaba todavía el alma de sus padres, pero el hijo instaba más y más de cada día; la súplica de su mirada era más tierna, y algunas veces sus gestos eran apremiantes y vivos hasta la impaciencia. Entonces su padre re-

flexionó sobre una esperanza, que consideraba como una puerilidad, y dijo para sí: «El muchacho ha sido siempre prudente; se ha conservado inocente: la Virgen Santísima le escuchará.» Y resolvió en su corazón el viaje á Lourdes, cuyo día indicó á su hijo. Grande fué su alegría, haciendo animadas demostraciones de confianza en su curación, y desde entonces diciendo por señas á cada momento: «¡Irémos..... y seré curado!.....»

Mas llegado el día convenido, dice el padre que le era imposible partir. El pobre muchacho, vivamente contrariado, se cayó de su poltrona al suelo, cuyo accidente se repitió constantemente desde entonces.

Por fin quedó fijado el viaje para el sábado 18 de Julio, y se alquiló una carreta. Juan se volvía loco de contento cuando supo que su peregrinación era cierta, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche del viernes. A intervalos despertó á su padre con el ruido violento de su respiración, y á duras penas pudo retenérsele en la cama hasta el amanecer. Cuando estuvo colocado con su pequeña poltrona en el carruaje, su júbilo llegó á su colmo.

Aproximábase la carreta á Lourdes, cuando no una verdadera voz, pero sí una respiración articulada, dice: «¡Padre, padre!.....» El padre mira á Juan y éste repite: «Padre voy á curarme.....» Y sacó su lengua fuera de los labios. Extremecióse el padre, se sintió lleno de esperanza, y dió gracias á Dios por

esta primera bendición. El hijo no tenía más movimiento que la víspera, ni su garganta producía sonido ninguno; pero articulaba su respiración, movía su lengua y parecía admirado. Desde aquel momento oró pronunciando las palabras y juntando con fervor las manos. De cuando en cuando se interrumpía para decir, siempre de la misma manera: «Padre, voy á curarme....., andaré, hablaré;» cada una de cuyas palabras acrecentaba la confianza del padre.

Llegan por fin á Lourdes. El pobre muchacho fatigado es llevado con su silla por su padre y el carretero, siendo muchas las personas que encontraron á este cortejo de dolor. Delante de la gruta y una vez colocada en tierra la silla, los dos hombres se arrojaron y los tres rezaron con fervor. El muchacho murmuraba el *Padre nuestro* y el *Ave María*. El corazón del pobre padre se dirigía á la misericordiosa Virgen. El enfermo es transportado á uno de los aposentillos que encierran la piscina del agua milagrosa. Desnúdanlo, y su padre lo toma en sus brazos, más inerte que un niño que acaba de nacer, deslocado y doblándose en todos sentidos. Lo sumerge en el agua, y lo sostiene. Ora el hijo, el padre ora lleno de ansiedad y de esperanza, y echa agua sobre la cabeza de Juan. Pocos minutos después se oye una palabra, clara, sonora: «¡Padre!» A esta voz, que no había oído dos meses hacía, queda inundado de felicidad el pobre padre, quien de pronto no puede hacer más que dar un grito de admiración: «¡Oh, Dios

mío!»—«Padre, dice la voz, podéis sacarme: ya estoy curado.»

El muchacho había sentido renacer la vida en sus piernas; se doblaban, se mantenían firmes en el fondo del baño; al mismo tiempo se fortalecía el resto del cuerpo; habla sin premeditarlo, por instinto; se eleva impelido por el agua y se pone en pié. De los ojos del padre saltan dos gruesas lágrimas, y caen en aquella agua que le devolvía sano su hijo. Juan se sienta al borde de la pila.

«Yo tenía el corazón *cerrado*, decía su padre; las lágrimas me impedían ver á mi hijo.» Lo toma de la mano, y el hijo por la vez primera después de tres meses está allí de pié, delante de él, sin apoyo de nadie, hablando y sonriendo. El muchacho se viste y calza él mismo; y en aquel momento el carretero, que había salido un poco antes, entra y exclama: «¡Dios mío! ¡oh! ¡esto es un milagro!»

Van todos á postrarse delante de la santa gruta, y pronto el joven, sin ser sostenido, sube por la peña y llega á la casa de los misioneros.

Cuando el misionero que ha recogido estos interesantes detalles dijo al padre: «Sois muy dichoso,» este no pudo contestar sino por un sonido inarticulado; su palabra y su mirada quedaron un momento embargados por las lágrimas. La emoción sofocaba á cada instante su voz mientras refería la enfermedad y la curación de su hijo. Lo que no podía expresar

era su reconocimiento hacia Aquella que lo salvaba del llanto y de la miseria.

El muchacho parecía que experimentaba la dulce sorpresa del despertar después de un fatigado sueño. Entró en la población á pié sin apoyo de brazo alguno. El movimiento de sus piernas, extremadamente delgadas, era lento y poco seguro. Al día siguiente á las cinco y media de la mañana anduvo el trayecto de la población á la gruta. Confesó y comulgó; estaba contento y gozoso.

Al ver que un obrero llevaba al misionero una limosna para la construcción de la capilla, el padre de Juan miraba con santa envidia las monedas de oro que brillaban sobre la mesa: «¡Ah! dijo, ¡qué dichosos son los que pueden dar! Yo también quisiera dar para la bondadosa Virgen Santísima..... pero, ¡pobre jornalero, nada tengo!»

Como en la víspera, Juan volvió á Lourdes sin apoyarse en nadie. Los peregrinos subieron al carruaje, y á las once de la noche llegaban á la puerta de su casa. Mientras que al oír el ruido de la carreta la madre, que esperaba ansiosa, encendía una luz é iba á recibir á los viajeros, Juan bajaba casi sin ayuda de nadie. Su madre lo encuentra, y á su presencia se para. «¡Madre, estoy curado!» dice Juan. La pobre mujer sintióse desfallecer y creyó caerse. Pasada esta peligrosa emoción, miraba silenciosa, sin poder dar crédito á sus ojos. Era, sin embargo, su

hijo; pero que salía de los brazos de otra madre, la Santísima Virgen.

El ruido de la carreta y la voz de la madre, cuyas primeras palabras fueron de felicidad, hizo que muchos vecinos se levantasen y fuesen á tomar parte en aquella alegría. No podían figurarse que el muchacho que andaba, hablaba, reía á su vista, fuese el mismo que en la vispera había partido paralítico, mudo, amenazado de una cercana muerte. Al cabo de pocos días toda la comarca sabía la curación del muchacho de Gouze, y bendecía á Nuestra Señora de Lourdes.

Cerca de dos meses después el joven Juan volvió á la gruta. Había ya andado buenos trechos, y empezaba á dedicarse al trabajo. Su alegría, su buena salud, su dicha, encantaban á su padre.

Juan ama mucho á la Virgen Santísima y se goza en hacerle oración. A veces deja la comida y desaparece; búscalo su padre, y lo encuentra con sorpresa en un rincón arrodillado y orando. La poderosa y dulce mano que ha curado su cuerpo, ha impreso su sello en esta alma inocente.

No hay, pues, que admirarse de ver estos milagrosos favores, otorgados casi exclusivamente á los pequeños del mundo, á los niños, á los pobres: este es el orden equitativo de la divina Providencia. Los ricos tienen los médicos y boticarios; pueden pasearse en Cauterets, Bareges, Luchon, Aguas Buenas, en todos los baños de mar: los pobres y los pequeños

sólo tienen á Dios, la Santísima Virgen y los milagros. En cuanto á las madres y á las jóvenes, se concibe por qué la Virgen María se complace en tratarlas como privilegiadas, aun cuando sean ricas.

XXXIII

Curación de una madre de familia, atacada de un cáncer en la lengua

El día 3 de Noviembre de 1869 había delante de la gruta de las apariciones un grupo de peregrinos que pedían con fervor á la Inmaculada Virgen la curación de una joven madre de familia, cuya situación era casi desesperada y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos clérigos habían querido asociarse á esta piadosa peregrinación, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos), estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía joven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe había experimentado en el fondo de la garganta la sensación de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podía ya comer con regularidad.